



AMARANDA

**Y TODO EMPEZÓ
CON UN CUBATA**

Amaranda

Y todo
empezó
con un
cubata

Primera edición: diciembre de 2025

© Copyright de la obra: Pilar Escapa

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-991336-2-2

Código ISBN digital: 979-13-991336-3-9

Depósito legal: B 23890-2025

Corrección: Juan Carlos Martín

Maquetación: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditions.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Para Miquel

Por quien se movió la pluma y surgieron las
palabras.

Prólogo

VIOLETA

Acabo de tener un accidente. Pero no uno cualquiera. Me ha caído encima un coreano de ciento veinte kilos, aplastándome contra el suelo. Me ha parecido romper la baldosa con mi cabeza. Oigo gritar a mi compañero Óscar, rogándome que no me muera. No tengo ninguna intención de morirme, pero no le puedo contestar. Después de un largo traqueteo, creo que huelo a hospital, digo huelo, porque no puedo abrir los ojos. Cuando lo consigo me encuentro a Daniel delante con una bata blanca y una preciosa sonrisa. Es mi primer amor, que ha estado desaparecido durante once años. No sé si es verdad o es un sueño, pero su imagen me transporta en el tiempo a mis diecisiete:

Mi despertar era siempre el mismo: el mar, el olor a sal y la luz brillante del Maresme colándose por mi balcón, tan natural como la voz de mi madre llamándome desde la cocina. Siempre pensé que mi vida estaba escrita para ser tranquila. Mi madre me recordaba a diario, con su mirada severa, que la perfección era una meta; mi padre, en cambio, me hacía sentir que bastaba con ser feliz. Entre ellos dos, yo buscaba mi lugar.

Emma ocupaba el hueco de la hermana que nunca tuve. Desde la infancia era como una sombra recortable que me acompañaba: a veces cómplice y rebelde, otras, imprudente. Con los años llegaron Clara, vital y alegre hasta el contagio, y Maite, la más sensata. Las tres formaban la familia que yo elegí. En aquella época compartíamos piso, y yo me creía a salvo, arropada por ese grupo de mujeres que lo compartíamos todo: discusiones, risas, lloros y vino barato.

Pero antes de eso estuvo aquel verano. El verano que lo cambió todo en mi vida.

Las fiestas arrancaron con la verbena de San Juan. El aire olía a pólvora, las hogueras iluminaban las plazas y las playas, y la música llenaba los rincones de la noche. Emma me arrastró al concierto y, al volver con dos vasos llenos, tropecé con el brazo de Daniel. El cubata se volcó entero sobre su camisa. Me quedé quieta, mirándolo con las mejillas encendidas. Él se rio, divertido y nervioso, con esa risa que te sale cuando no sabes qué hacer, mirándome como si yo fuera distinta a su vecina de toda la vida. Nadie lo notó, pero en ese instante algo invisible nos ató, como una chispa que prendía sin remedio.

Ahí empezó todo. Todo ardió demasiado rápido. Al poco tiempo: fiestas hasta el amanecer, carreras en la playa, baños nocturnos, conversaciones susurradas para guardar nuestro secreto. Le pedí que quedara entre los dos. Tenía miedo de ser un capricho y de que las miradas ajenas lo arruinaran. Él aceptó, aunque a veces le costara.

La noche en la que regresé de viaje con Emma le escribí un mensaje: «Te quiero. Mañana tenemos que hablar». Me quedé mirando la pantalla, hasta que los párpados me pesaron. Nunca contestó. Lo que ninguno de los dos sabía era que esa noche sería el final de aquel verano.

DANIEL

Solo llevo una semana trabajando en este hospital. Hoy mi primera guardia. Llego hasta el box donde los sanitarios acaban de pasar el accidente para valorarlo. Leo en el parte: Violeta Costa. Mi corazón da un vuelco al reconocerla. Está inconsciente. Mis nervios me traicionan al verla tan dañada y activo protocolos innecesarios para su diagnóstico. Dos días de trasiego continuo a cuidados intensivos, hasta que despierta. Su voz pronunciando mi nombre con asombro, su mirada perpleja y el tacto de su mano traen de regreso aquel tiempo en mi memoria:

Mis veranos en la costa eran siempre lo mismo: playa a todas horas, primos rubios, cenas en el jardín, carreras de motos con mi hermano Borja y Toni, mi mejor amigo. Mi vida era casi perfecta, una vida cómoda que yo vivía como si no me perteneciera del todo. Tenía éxito con las chicas. Había salido con muchas, siempre con facilidad, sin que dejaran huella en mí.

Y entonces apareció Violeta.

Cuando me derramó aquel cubata encima, fue el presagio de un bautismo extraño. No fue el desastre en mi ropa; quizás fue su mirada desolada, sus mejillas sonrosadas, o puede que me atrapara aquella mezcla de culpa y descaro en ella, en la que no me había fijado antes. La niña que veía al otro lado de las vías desde mi balcón, la vecina prudente que saludaban todos, de repente se había transformado en alguien que me quitaba el sueño. Desde esa noche, todo lo demás desapareció.

Toni se dio cuenta enseguida. Se reía de mi torpeza, de cómo me ponía nervioso si ella estaba cerca. Emma también lo notó, y fue ella quien, una madrugada, nos encerró en un trastero después de una fiesta. Aquella noche Violeta y yo compartimos el silencio, el primer beso y el temblor de nuestros cuerpos. Cuando amaneció, yo ya no era el mismo.

Ese verano se volvió un secreto ardiente: encuentros a escondidas en la montaña, baños a oscuras en el mar, palabras que no pronunciábamos en voz alta ante los demás. Y yo, que siempre había creído tener el control, me descubrí vulnerable.

La última noche antes de su regreso del viaje con Emma, preparaba la moto con mi hermano Borja. Él revisaba el material en las mochilas, y yo solo esperaba el mensaje de su llegada. Cuando por fin entró, leí la notificación: «Es muy tarde, nos vemos mañana después de la carrera», y guardé el teléfono en el bolsillo con decepción.

A la mañana siguiente, dos cascos brillaban sobre la moto.
El rugido del motor cubrió todo lo demás.

Después, solo recuerdo un eco metálico. La oscuridad. Y
nada más.

1. VIOLETA

Barcelona, sábado 6 de mayo.

Entré y cerca de la barra portátil estaba la chica morena y un camarero atareado con los carros de comida del *catering*. Me sobresalté al verlo. Era alto, y tenía el pelo rubio y rizado por encima de los hombros.

Se volvió hacia mí y, como siempre, se fundió el recuerdo del único hombre que mi memoria se negaba a olvidar.

Los dos acababan de montar una mesa espléndida, con adornos de flores frescas, a juego con la mantelería, para una cena de empresa.

Con el dinero extra que ganaría con este trabajo, podría pagar mi parte del alquiler, y todo habría sido perfecto, si no hubiera terminado la noche en la cama de un hospital.

—¿Qué tal? Soy Cristina —la camarera me señaló la identificación en su solapa, con una afable sonrisa al acercarme.

—Hola, soy Violeta. Vengo de la agencia. Soy la intérprete. ¿Tenéis hora fija para terminar?

—Lo cierto es que no. Hoy cobraremos comisión por lo que consuman, así que nos quedaremos hasta que se beban el agua de los floreros —sonreímos las dos, y Cristina frunció el ceño mirando hacia la mesa donde en ese momento se sentaban cinco coreanos y tres empresarios sevillanos con ganas de juerga.

—Mis compañeros piensan que soy medio bruja, y no sé por qué, pero hoy tengo un mal presentimiento.

No tardé muchas horas en comprobar que era una bruja consumada.

Óscar me había llamado por la mañana, por si quería ganarme un extra en una cena de negocios. Necesitaban una intérprete que tradujera al inglés. Mi compañero en la agencia de viajes donde trabajábamos se había puesto enfermo de repente y Óscar y él pensaron en mí.

Durante años trabajé como guía turística en viajes internacionales con Óscar. Hice de traductora, azafata y camarera ocasional. Y desde que terminé los estudios, mi sueño de tener mi propio hotel se veía tan irreal, que solo era eso, un sueño.

Ahora necesitaba sobrevivir y, con los pies en el suelo, prefería el horario de despacho en la agencia, que cubrir turnos temporales en recepciones hoteleras.

—No sé si tenías planes, Violeta. He dicho que irías tú. Pensé que te vendría bien el dinero.

—No me gusta la noche, Óscar —me quejé.

—Lo sé, por eso te esperaré a que termines y nos vamos juntos. No tengo ningún servicio más.

—¡Vale, guapetón! Si no me dejas sola, entonces no hay problema. No puedo desperdiciar el dinero caído del cielo.

Ya de noche, con el minibús que conducía Óscar, recogimos a los clientes en el hotel y los llevamos a un *catering* privado en un local de alquiler. Era una sala rectangular, con una tarima pequeña al fondo como escenario. Tenía un equipo audiovisual, que pensé en aprovechar para montarles un karaoke después de la cena. Sería dinero extra en mi factura.

Al sentarme con ellos en la mesa y empezar a traducir, vi que habían sacado a los empresarios coreanos de juerga, después de haber cerrado algún trato. Crucé los dedos para que no se desmadraran, pero no funcionó.

En una hora ya habían bebido más del doble de lo que comieron, y sus voces, cada vez más altas, retumbaban en el eco de los techos abovedados.

A los postres puse en marcha el karaoke, algo que agradó a los coreanos y, con la euforia que propiciaba el alcohol, se levantaron para disputarse los dos micros, como caramelos en la puerta del colegio.

Igual de efusivos fueron los agradecimientos entre risas de los camareros, cuando apagué el equipo.

—No me gusta este grupo, hay algo raro en ellos —insistió de nuevo Cristina.

Solté una risa nerviosa.

—¿Raro? ¿Porque llevan una hora entonando canciones sin mirar a la pantalla? —ebrios, los coreanos, más que

cantar, reproducian la berrea de los venados machos en otoño, cortejando a las hembras para aparearse.

—Lo digo en serio. No es solo la bebida, es algo que va a salir mal.

—Relájate, solo son ejecutivos con el ego inflado — repliqué volviendo a la mesa.

El chasquido de los platos y cubiertos al chocar mientras los recogían, se mezcló con las voces agudas y sensuales de cuatro *strippers* que aparecieron de la nada. Cruzaron la sala hasta la tarima, donde conectaron la música de sus números.

«Que no cunda el pánico», me dije a mí misma, intentando calmar mi creciente incomodidad.

Las habían contratado los sevillanos y, como las burradas que les decían no necesitaban traducción, me levanté de nuevo y me acerqué a la barra.

—¿Qué tal? ¿Cómo vais?

—De miedo —dijo Cristina, irónica—. No pienso moverme de aquí. Cuando recogía platos, aquel —me señaló al señor Kim, el líder del grupo coreano, cuya barriga no le dejaba verse los pies— me tocó el culo.

—Lo siento —no pude remediar un ataque de risa, al ver la cara de fastidio de la chica—. Es que eres mona y el uniforme es muy ajustado. Cuando llevan tantas copas encima, no saben si eres la azafata o un paracaidista —eso hizo que asintiéramos los tres sin parar de reír.

Al terminar el espectáculo, los chicos seguían sirviendo copas. El evento debía haber terminado hacia media hora, pero nadie parecía tener intenciones de irse.

Uno de los españoles, que le faltaba pasillo para andar, me llamó con gestos desde el fondo del local.

—Acompáñala, que ese tío va fatal —le dijo Cristina a su compañero, y seguimos al cliente hasta los baños en la otra esquina.

—Niña, dile al hombre este que *s'aparte* de la puerta *pa' abrir*, que no *m'entiende*. Creo que *s'ha dormío*.

—Genial —pensé—. Era justo lo que faltaba para cerrar la noche con broche de oro.

Aporreé la puerta, gritando en dos idiomas, y no se oía nada.

—Vaya a buscar al chófer, que está fuera en la calle —le dije al sevillano, mientras continuaba gritando.

Quería marcharme a casa. Llevábamos muchas horas allí, estaba cansada, soy impaciente, y salió mi lado más impulsivo.

Me quité la chaqueta maldiciendo y se la di al camarero rubio que me había recordado a Daniel. Él no dejaba de sonreír con mi enojo, mientras arrastraba una silla. Me subí al respaldo para asomarme por encima de la puerta y vi una imagen dantesca: el señor Kim, a medio vestir, desparramado en el suelo, con la boca flácidamente abierta e inerte. No estaba muerto, pero lo parecía. El coreano nos iba a dar la noche.

Era muy corpulento y, empujando entre el camarero y yo, solo conseguimos entreabrir la puerta.

Llegó Óscar con el cliente y empezó a gritarme al verme haciendo equilibrios, encaramada de nuevo a la silla, para ver si se movía.

—¿Pero? ¿Qué haces ahí arriba? ¡Que te vas a matar! ¿Qué ha pasado?

—Este buen señor ha decidido echarse una siesta, y no hay Dios que lo despierte —voy a necesitar vuestra ayuda, no puedo con esto sola.

Óscar me alargó una jarra con agua.

—Prueba a echarle esto. ¡Y bájate de ahí!

Se la eché encima de la cabeza y conseguí que despertara. Le grité que se apartara de la puerta, pero solo recibí un balbuceo incomprensible como respuesta.

Después de mil maniobras para entrar, subirle los pantalones y salir de aquel estrecho cubículo, logramos levantar al hombre, que no ayudaba mucho, y llevarlo hasta un banco de hierro ornamental pegado a la pared, lo más próximo.

Héctor y Óscar apenas podían arrastrar aquel peso desmadejado, que no coordinaba ni el parpadeo.

—Violeta, quítate de en medio, que aún te vas a hacer daño.

—Si no lo sujetó por delante, os vais a caer los tres. ¿No ves que apenas levanta los pies?

Me sequé el sudor de la frente con un gesto rápido y, justo cuando pensaba que las cosas no podían ponerse

peor, el hombre soltó un quejido y empezó a tambalearse hacia mí, tropezando con sus propios pies.

—¡Cuidado! —gritó Oscar, pero ya era tarde. Me giré por instinto, y mi cara y mi cabeza golpearon contra el frío hierro del banco, aquella mole de hombre se resbaló de los brazos que lo sujetaban y se desplomó. Quedé enterrada bajo su cuerpo, que me arrastró aplastándome contra el suelo.

El impacto resonó en toda la sala, todo se volvió un caos. Todo se movía a cámara lenta y sentí que el mundo se oscurecía. Creí hundirme en el mar, estar sumergida en el agua. Segundos de ingravidez, con los pulmones aguantando el aire. El ruido se apagó. Estaba a gusto, como un bebé en el útero materno. Cerré los ojos y me dormí, tras oír una voz lejana.

—¡Violeta! ¡Violeta!, ¿me oyes?

—¡Violeta, contéstame, por Dios!

—¡Que alguien llame a una ambulancia! ¡Dime algo, por favor! ¡Violeta, contesta!

—¡Violeta, aguanta, por tu madre, no te mueras, no te puedes morir! Ya viene la ambulancia, aguanta por favor, no me hagas esto.

No supe cuánto tiempo pasó, hasta volver a oír:

—¡Violeta!, ¡princesa!

Una voz familiar, que se mezclaba con un murmullo constante de alguna máquina. Intenté abrir los ojos, pero no podía. Era un sonido monótono, que se enredaba con las conversaciones en susurros de gente a mi alrededor.

Quise hablar, pero tenía la boca reseca y los labios cuarteados me dolían al moverlos. Seguro que era por el aire espeso e irrespirable, tan cargado de desinfectante, que lo notaba pegado al paladar. Distinguí unos pasos apresurados hacia mí. Abrí los ojos de forma automática, sin ver nada. Desperté en la realidad, con el eco lejano del mar en mi cabeza.

—¡Bien!... ya estás despierta. ¿Cómo estás? Violeta, cariño, ¿sabes dónde estás?

—¿Fuera del agua...?

—Sí, princesa, fuera de peligro.

—Ya no tengo miedo.

—Vale, eso es. ¡Chica valiente!

Cuando fui consciente de que no era un sueño, me dolían hasta las pestañas. Di un vistazo a mi alrededor. Estaba en un hospital. No sabía qué hacía allí ni qué me había pasado. Llevaba electrodos y cables conectados en la cabeza y en el pecho; un gotero soltaba líquido que entraba en mi brazo derecho, mientras que el otro lo tenía inmovilizado sobre mis costillas con unas vendas. Una enfermera rubia, con ojos azules, me hablaba, pero no entendía todo lo que decía.

—¡Violeta! Cariño, ¿ya estás más despierta? Vaya susto que nos has dado. ¿Cómo estás?

—Yo... —la miré aturdida. Ella me hablaba exultante de alegría.

—¡Violeta! Soy Clara... ¡Clara!

—¿Te conozco?

—Vivimos juntas, con Maite y Emma, ¿te acuerdas de Emma?

—¡No!... —me agobié mucho. Intenté forzar mi mente para recordar, pero era como si las imágenes estuvieran sumergidas en una niebla espesa.

—No te preocupes —me acarició la mano cariñosamente —. Es normal, ahora aviso al doctor —con una radiante sonrisa, me besó en la frente y salió a toda prisa.

A los pocos minutos me dio un vuelco el corazón, al oír la voz de un hombre que se acercaba. Hablaba con la chica rubia que se había alegrado tanto de verme, detrás de la cortina del box donde yo estaba. En una máquina sonó la alarma, porque mis palpitaciones de pronto se aceleraron y, sin pensar, grité:

—¿Daniel?!

Se abrió la cortina. No me equivoqué, era su voz. Era él. ¿Qué estaba haciendo Daniel aquí? ¿Y qué hacía yo aquí?, ¿y por qué todo me parecía un sueño distante?

—Violeta, ya estás despierta.

Fijé la mirada en una sonrisa, que quedaba deslucida bajo una cuidada barba pelirroja. Él se detuvo a mirarme, envuelto en la bata blanca. El jovencito se había convertido en un hombre. Me pareció más alto, erguido y vigoroso. Habían desaparecido los largos rizos dorados, que me había entretenido en desenredar con mis dedos tantas veces. Su pelo ahora era más corto, ondulado y menos rubio. Los ojos

verdes y miel, brillantes y fieros en mi memoria, estaban más hundidos, y los pómulos más prominentes.

—¡Daniel! —repetí su nombre de nuevo, dándole tiempo a mi cerebro para procesar que lo tenía delante. Era real, no estaba soñando. Sin pensar demasiado, quise sonreír, pero me dolió la cara al intentarlo.

—¿Qué tal, Violeta? —habló con dulzura. Percibí cómo Daniel se sumergía en el tacto frío de mi mano derecha, conectada al gotero. La suavidad de sus manos, sus dedos largos y cálidos, esa mano que hubiera reconocido con los ojos vendados, contrastaba con la tensión que llenó de repente aquel box. Noté de golpe cómo en mi estómago se agolparon y pelearon las mariposas y las avispas, que aparecieron a la vez. ¡Maldita sea! En el mismo instante, me gustó tanto como me enfureció verlo.

—¡Daniel! —repetí desconcertada, sin dejar de mirarlo.

—Sí —dijo anticipándose a mi pregunta—. Sí, Violeta, soy yo —volvió a sonreír—. No eres la única que se ha sorprendido. Me quedé de piedra cuando te trajeron a mi guardia y leí tu nombre en el parte del accidente —posó sus ojos en los míos, en mi boca, unos instantes, sin dejar de acariciar mis dedos—. Veo que continúas haciendo escenas arriesgadas.

Lo miré confusa, no entendía de qué hablaba. Se levantó de la cama sonriendo de nuevo.

—Deja que te reconozca y ahora hablamos.

Le preguntó algo a la enfermera rubia, algo que no entendí, mientras me tomaba el pulso. Me hizo mover los dedos del brazo que tenía inmovilizado, me examinó algo en la cabeza y sacó una linterna en forma de bolígrafo, enfocándola en mis ojos.

—Déjame ver... ¿Qué ves?

—Veo la luz.

—Perfecto. ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Violeta Costa.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —continuó explorando mi cuello, mis oídos...

—El cinco de julio. Y el tuyo, el treinta de agosto.

Se paró, y sus ojos se posaron en los míos, con una mirada tierna y melancólica a la vez. Yo no sabía qué hacía en aquel hospital ni recordaba qué me había pasado, pero

el resto de mi vida estaba intacto en mi memoria, y supe que él también había retrocedido muchos años, cuando mencioné esas fechas.

En ese escenario de emociones intensas, los ojos de Daniel, de un verde penetrante, exploraban con cuidado cada indicio de cambio en la expresión de mi rostro. El eco de nuestros recuerdos compartidos llenaba el espacio como un susurro lejano.

Se recompuso para continuar hablando.

—¿Recuerdas qué te ha pasado?, ¿por qué estás aquí? — preguntó sentándose de nuevo a mi lado, con mi mano entre las suyas—. ¿Te doy una pista? —torció el cuello, sonriendo al levantar una ceja—. ¡Sigues siendo intrépida, encaramándote a cualquier sitio y exponiéndote sin pensar en el peligro!

Fruncií el ceño, haciendo un esfuerzo por recordar, y me dolió.

—No lo sé —dije asustada.

—No te agobies —me pasó el pulgar por el entrecejo para borrar aquellas arrugas—. Ya irás recordando. Te has dado un golpe muy fuerte. He hablado con el neurólogo, y no hay ninguna lesión preocupante. Tienes que descansar, dormir y darle tiempo a este cerebrito para que se reponga del susto, y todo volverá.

—¿Pero he dicho bien mi cumpleaños? ¿Y el tuyo?

—Sí, lo has dicho bien —me acarició la mano que tenía cogida—. Hay datos que el cerebro tiene mejor archivados que otros —dijo sin darle importancia—. Por eso tienes que descansar. En un rato te subirán a planta. Te hemos pautado antiinflamatorios y relajantes, así que dormirás bastante. Y cualquier cosa me avisarán, ¿de acuerdo? ¡Pórtate bien! —me señaló con el dedo, ladeando la cabeza.

—Vale —dije con timidez al reconocer su gesto, que me produjo el mismo cosquilleo que a los diecisiete. Eso fue lo que hizo la última vez que nos vimos, un tres de septiembre, hay fechas que no se olvidan, y esta era una de ellas.

«Quería sorprenderme, y lo logró. Me invitó a una antigua sala de fiestas en Barcelona. Esa noche me regaló un

colgante con una media luna, y saltaron un par de lágrimas, cuando me confesó que llevaba una semana con la cajita en el bolsillo, buscando el momento perfecto para dármelo. No me lo había quitado nunca.

Aunque él no dijo nada, yo sabía que era el día de su cumpleaños. Dos semanas antes, Toni, su mejor amigo y él, nos acompañaron a casa a Emma y a mí, después de una fiesta en la que cogimos la primera cogorza de nuestras vidas. Nos impidieron subirnos a la moto de mi amiga Emma y, tambaleándonos, apoyadas en ellos dos, logramos llegar sin caer por el camino. Daniel, que no paraba de reír, igual que Toni, por el descaro de Emma y mi lengua de trapo, me hizo una broma con la fecha de su cumpleaños. Aunque iba borracha, no lo olvidé, y la noche que me invitó, le regalé una camiseta muy hortera.

En la sala de fiestas me excusé un momento y, al poco rato, el camarero subió las escaleras hacia los palcos con un plato redondo lleno de cacahuetes, maíz tostado, pasas, avellanas y una vela encendida en medio. Los músicos tocaron cuatro notas del «cumpleaños feliz», y la gente en la pista miró hacia arriba, dejó de bailar y aplaudió cuando él sopló la vela.

Daniel me arrastró cuando sonó «La vie en rose», nuestra canción. Sentí balancearme en una nube, y él creo que ni abrió los ojos. Nuestras cabezas pegadas, y sus dedos bajo mi pelo acariciándome el cuello. Fue un momento con asterisco en mi vida. Uno de felicidad absoluta».

Se levantó para marcharse con la enfermera rubia que no conocía. Casi salía del box, cuando se volvió a mirarme. Me pareció que le faltaba algo por decir; sus labios se movieron, como si estuviera a punto de desvelar algo importante. Se lo pensó mejor y los cerró. Solo oí un escueto: «Luego me paso».

Acerca de la autora



Tras el éxito de su primera novela «Qué fue de nosotros», Amaranda (seudónimo de Pilar Escapa Altarriba), regresa al mundo literario para ofrecer a sus lectores el inicio de la historia de amor entre Violeta y Daniel.

Prepárate para conocer cómo comenzó todo en «Y todo empezó con un cubata», para acabar esta preciosa trilogía con «Una resaca sin fiesta».